

Volver a Ítaca. El encuentro tras la misión profesional

Prof. Dra. María Jesús Soto-Bruna
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra

RESUMEN

Como el título indica, he escogido para esta exposición dos parámetros que pienso ofrecen una orientación sobre la vida de la familia en una sociedad organizada alrededor del trabajo profesional fuera de la casa. Por un lado, el simbolismo de ‘Ítaca’ –presente en la ‘Odisea’ de Homero– como recurso extraconceptual para expresar el significado de la ‘vuelta al hogar’ tras un trabajo que se impone como misión ineludible. Por otro lado, y desde una perspectiva filosófica, recorro a la noción de «encuentro» como clave conceptual para explicar qué es, verdaderamente, ‘volver a casa’ sin que ello suponga una ruptura o disociación en la unidad de vida que toda persona debe integrar en su ser para no quede fragmentada su identidad.

Introducción

En el año 2011 el Instituto de Ciencias para la Familia publicó una serie de trabajos que se habían presentado anteriormente como conferencias, dentro del Seminario Permanente sobre Conciliación de la Vida Laboral, Personal y Familiar; el volumen salió a la luz bajo el título *Familia con dos sueldos y tres trabajos*¹. En el estudio que presenté allí sobre «Conciliación y creatividad personal»², sostuve que la proliferación, en la actualidad, de los diversos modos de plantear el trabajo profesional –tanto en empresas, en instituciones de investigación y enseñanza, como a nivel individual– en una sociedad que se caracteriza por la ausencia de fundamentos permanentes, que es de por sí, de complejidad cambiante, invita a una urgente y seria reflexión de índole filosófica sobre la propia realidad profesional en conjunción con la vida familiar misma. Sostuve entonces que, en las circunstancias actuales, la respuesta que pueda darse al tan debatido tema de la conciliación, debía encuadrarse en el terreno estrictamente personal; pues en el reto de la conciliación se incluye que esta no viene *dada*, sino que debe ser *creada* a partir del reconocimiento de las propias circunstancias de la vida personal.

Se trataba en ese entorno de ofrecer unas pautas para la comprensión del propio proyecto vital en la familia y en el trabajo, y ello desde las nociones de libertad y de responsabilidad en orden a los compromisos adquiridos en uno y otro ámbito de acción de la vida humana. Consideré allí que: «Es hora de presentar el planteamiento de una nueva visión de la profesión, según la cual esta se inserta en la vida de la persona como un todo en sí mismo y, a la vez, se abre a una ética que permite rescatar los valores propiamente humanos de las profesiones. Desde esta última perspectiva (recordé) que la persona crece a través de su profesión, al tiempo que la tarea laboral eleva su calidad; crecimiento que sin duda revierte además en el bien de la familia para la que se trabaja»³.

¹ MONTORO GURICH, C. / LÓPEZ HERNÁNDEZ, D. (editoras) (2011): *Familias con dos sueldos y dos trabajos*, Instituto de Ciencias para la Familia, Universidad de Navarra, Pamplona.

² SOTO BRUNA, M. J., «Conciliación y creatividad personal», en MONTORO GURICH, C. / LÓPEZ HERNÁNDEZ, D. (editoras) (2011): *Familias con dos sueldos y dos trabajos*, Instituto de Ciencias para la Familia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, pp. 61-83.

³ SOTO BRUNA, M. J., «Conciliación y creatividad personal», p. 67.

La literatura de investigación sobre el tema ha ido creciendo en estos últimos tres años, y no cesa de plantearse –en todo tipo de ámbitos laborales y de entornos familiares– cuál debiera ser el modo de armonizar estos dos pilares sobre los que se asienta el vivir humano en el mundo; de tal manera, además, que esa armonía permita aquella plenitud personal a la que está llamado todo ser humano en su vocación a trascenderse a sí mismo en pos de un bien mayor. Como ha escrito (en 2014) Hurtado Domínguez: «A comienzos del siglo XXI, se puede percibir el creciente interés de reflexionar sobre la la relación familia-trabajo de ciertas instituciones y movimientos sociales, dado el tremendo impacto que dicha temática tendrá a nivel global en los años venideros. Dicho en términos simples: ejercer una profesión con excelencia fuera del hogar familiar se ha convertido, en efecto, en el *modus vivendi* de un grupo considerable de padres y madres de familia con hijos, quienes han establecido una relación prácticamente irrevocable con el mercado laboral y con las diversas estructuras sociales y culturales que integran el mundo de hoy»⁴.

Teniendo en cuenta los antecedentes mencionados, he considerado oportuno retomar hoy el simbolismo mencionado de la Antigüedad griega que, desde una interpretación filosófica, ofrece, a mi juicio, claves fundamentales para entender qué pueda significar y cómo puede entenderse esa conciliación trabajo profesional-vida en el hogar familiar. Se tratará entonces, en un primer momento, de recorrer esas claves que en la *Odisea* se desvelan como el empeño de Ulises (Odiseo) para retornar a *Ítaca* –patria, hogar y familia– y renovar el encuentro con su esposa Penélope y su hijo Telémaco. Posteriormente, esbozaré la inquietud que se refleja hoy en muchos ámbitos sociales ante la encrucijada, muchas veces, de tener, por así decir, que elegir entre el éxito o seguridad profesional y el tiempo dedicado a la familia. Todo ello, finalmente, engarzado con una reflexión filosófica sobre el lugar que ocupa el ser humano en un mundo fragmentado que apenas llega a percibirse en su realidad radical y objetiva.

El simbolismo de *Ítaca*

La *Odisea* en su conjunto enseña que todos los trabajos emprendidos por Odiseo, rey de *Ítaca*, tras la toma de la ciudad de Troya, tienen un único fin: volver a *Ítaca*; llegar al lugar del encuentro de sí mismo, del «yo» a través de aquel «tú» sin el que no hallaría sentido alguno el hercúleo camino recorrido fuera del hogar. *Entiéndase ese hercúleo camino como la misión que tiene el héroe como, por así decir condición, para retorno al hogar.*

El comienzo del Poema (*Canto I, 1-10*) es extremadamente significativo: *Musa, dime de aquel varón de multiforme ingenio que en su largo extravío / tras haber arrasado el alcázar de Troya, / vio las ciudades y conoció el género de innumerables gentes. / Y*

⁴ HURTADO, R. (2014): «Más grandes por dentro que por fuera. Reflexiones sobre el trabajo de los padres en el hogar», en SOTO-BRUNA, M. J. (editora) (2014): *Símbolo y realidad. Reencuentro con el mundo*, Ceicid, Colección Trasfondos, Pamplona, pp. 79-94; p. 79. Cita el autor, a modo de ejemplo: HAKIM, C. (2000): *Work-Lifestyle Choices in 21 st Century: Preference Theory*, Oxford University Press, Cambridge.

*padeció en su ánimo gran número de trabajos por las rutas marinas luchando / por sí mismo y su vida y la vuelta al hogar de sus hombres*⁵.

Odiseo es caracterizado como «hábil varón», «varón de multiforme ingenio», «rico en ingenios»; el héroe es reconocido en todos los ámbitos por su inteligencia⁶: *ve, conoce, y también padece*: maneja todos sus recursos en las diversas batallas que encuentra en su camino con el ardid del pensar en cada situación el modo de llegar a la patria, al hogar, al encuentro con su mujer y su hijo, sin reparar en los afanes que a ello habrían de conducirle.

A Odiseo puede aplicársele la tesis contemporánea: «Quien conoce el bien, actúa bien»; pero también se puede decir: «Mientras alguien no quiere el bien, no puede conocerlo»⁷. Las convicciones personales resultan esenciales para que la inteligencia y la voluntad vayan al unísono y entonces surja el hábito de actuar bien: «La excelencia en la gestión se podrá alcanzar con mayor facilidad si cuenta con la participación de personas que intentan ser virtuosas»⁸.

Porque el obrar humano no es nunca la sola plasmación de unos ideales conocidos, sino más bien la realización de unos ideales queridos, y queridos porque teóricamente se vislumbra en ellos nuestro bien y el de las personas de la empresa en la que nos hallamos envueltos en nuestra vida. Porque el realismo más genuino exige que no idealicemos la realidad, sino que la aceptemos y cambiemos en el orden práctico llevando a cabo los ideales interiorizados personalmente.

Lo que ocurre precisamente en la *Odisea* es que Ulises sabe bien cuál es exactamente su meta; tanto las ricas experiencias vividas, como los obstáculos presentados por cíclopes, lestrigones o Poseidón, no le ciegan acerca de cuál es el fin de estos trabajos.

Más concretamente, en su misión fuera del hogar, hay un momento en que se le presenta la oportunidad y el éxito mayor que en los tiempos de la antigua Grecia podía obtener un hombre, esto es, llegar a formar parte de la «familia de los dioses», lo cual implicaría –en el Poema– el abandono de la esposa y del hogar. Esto ocurre cuanto en el *Canto V* del Poema Odiseo llega a la isla de Ogiigia donde vive la diosa Calipso, quien representa (*en la interpretación que propongo*) la atracción de un logro impercedero en su cometido. Calipso, ofrece al protagonista detener su aspiración de retorno a los suyos, a cambio de una definitiva permanencia en el lugar donde habitan las delicias del éxito que nada podría malograr.

⁵ HOMERO, *Odisea* (traducción de PABÓN, J. M., introducción de GARCÍA GUAL, C.) (2000): Gredos, Madrid. Utilizo tanto esta traducción como la presentada por ROBAYO ALONSO, A. (2010): *La reflexión sobre la vida en la Odisea de Homero*, Universidad de los Andes, Colombia.

⁶ Más adelante habremos de reflexionar sobre el papel de la organización inteligente en la empresa y en la propia vida familiar; siguiendo la pauta que en su momento formuló Alejandro Llano: «Las empresas son negocios humanos, acometidos por personas que para realizarlos disponen como recursos básicos su inteligencia y su voluntad», LLANO, A. (1966): *Organizaciones inteligentes en la sociedad del conocimiento*, Cuadernos de Empresa y humanismo, nº 61, Pamplona, p. 2

⁷ Cfr. SPAEMANN, R. (2006): *Límites. Acerca de la dimensión ética del actuar*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, pp. 33 y ss.

⁸ MATEO DUEÑAS, R. (2007): «La excelencia aplicada a los negocios: ¿cuál es el próximo desafío?», en *Nuevas Tendencias*, nº 65, p. 49.

Odiseo es consciente de su realidad y rechaza el éxito que lo alejaría definitivamente del hogar: «Los hombres –ha comentado Robayo Alonso al respecto– estamos condenados a la muerte, a abandonar definitivamente este mundo para siempre. Sólo los dioses, en su infinita dicha, son inmortales. Pues bien, la diosa Calipso, que se ha enamorado del héroe, para poder tenerlo eternamente con ella, le ofrece la inmortalidad, y evitarle, al mismo tiempo, la vejez. Odiseo rechaza olímpicamente aquello que anhelarían tener todos los hombres, pero que está fuera de sus posibilidades»⁹. Lo que desperdicia el héroe es el compartir esa vida eterna con una diosa, en extremo bella y seductora, que lo ama apasionadamente; capturado por la atracción de un éxito imperecedero y prisionero, por así decir, del amor a su familia, Odiseo sufre: (...) *No acababa / de secarse en sus ojos el llanto, se le iba la vida / en gemir por su hogar, porque no le agradaba la diosa; / pero ella imponíale su gusto y el héroe por la fuerza / a su lado pasaba la noche en la cóncava gruta. / Iba, en cambio, a sentarse de día en la playa o las rocas / destrozando su alma en dolores, gemidos y en lloro / que caía de sus ojos atentos al mar infecundo (Canto V, 150-160)*. «Llora porque no está contento con Calipso, pues prefiere a su esposa. Y prefiere a su esposa, menos bella que una diosa y condenada a envejecer y morir, la ama inmensamente, la añora y la desea. Regresar a sus brazos sería la más dulce recompensa a sus muchas y dolorosas experiencias»¹⁰. Sabemos que Ulises, tras su regreso al hogar, logrará esa inmortalidad de la que gozaban los héroes en la edad clásica.

Ulises no se encuentra a sí mismo en unión con Calipso, porque sabe que su ser personal se halla ligado al encuentro con Penélope, al regreso al hogar. Ahí es reconocido en su identidad; lo cual se muestra cuando desligado, por Atenea, del disfraz de anciano pordiosero, empuña el arco; y entonces, en la conciencia de sí, es reconocido en la conciencia del otro: hay un redescubrimiento de sí en el retorno al hogar. El espacio y el tiempo quedan, por así decir *espiritualizados*, y entonces puede *habitar* y retomar las costumbres cotidianas¹¹.

Odiseo, a lo largo de todo su peregrinar fuera del hogar, ha utilizado su paciencia, su astucia y hábil inteligencia, con el fin de arribar a la meta de lo que constituye su proyecto vital: dirigir trabajos y esfuerzos al amor de la vida en el hogar. Desde el simbolismo de *Ítaca*, el hogar puede definirse entonces como tarea, y, en concreto, como tarea de autosuperación constante: desprendimiento del «yo» y acogida del «tú». En este sentido, también «Penélope experimenta un amor a toda prueba por su marido. Espera durante veinte años su regreso (...). Se ingenia la estratagema del sudario (...). Y explica porqué lo hace: *No quiero alegrar el ánimo de un hombre inferior (Canto XX, 22)*. (...) Cuando Odiseo regresa a Ítaca, poco a poco se va dando a reconocer a quienes lo rodean, mediante pruebas que da de su verdadera identidad a cada uno de los que con él hablan. Homero reserva el reconocimiento más logrado y emotivo de todos al reencuentro definitivo de los dos esposos»¹².

Ítaca nos enseña que el ser humano, viajero constante, buscador de caminos, vive en la esperanza del «volver», no como estancamiento, tampoco como parada o alto en el camino, sino como acto en el que se encuentra consigo mismo en la verdadera realización de las relaciones personales; sale de la tristeza del que vive encerrado en sí y

⁹ ROBAYO ALONSO, A., *La reflexión sobre la vida en la Odisea de Homero*, p. 103.

¹⁰ ROBAYO ALONSO, A., *La reflexión sobre la vida en la Odisea de Homero*, p. 104.

¹¹ Cfr. ALVIRA, R. (1989): *Filosofía de la vida cotidiana*, Rialp, Madrid.

¹² ROBAYO ALONSO, A., *La reflexión sobre la vida en la Odisea de Homero*, pp. 104-105.

se abre a la alegría del reconocimiento del semejante. *Ítaca* enseña también que la fortaleza es necesaria frente a los acontecimientos exteriores que, como vientos huracanados muchas veces, tratan de arrancar las raíces en las que se asienta la dimensión trascendente del entorno familiar. Para esa fortaleza se precisa un continuo habituarse a ver las cosas correctamente, desde el prisma de la objetividad; vivir en la esperanza de las cosas más nobles permanecen, aún cuando muchos derroteros cotidianos parezcan acercarnos a la ruina de lo construido. Como ha escrito recientemente Buttiglione nos muestra que la familia como familia no se descubre sólo cuando esta se encuentra al margen de las dificultades y de las tensiones¹³. *Ítaca* nos enseña, en definitiva, que *el viaje más importante (léase trabajo) es el que te lleva de nuevo a casa*.

Podemos aseverar que, mientras que el Poema de Homero muestra el hogar como realidad radical, como lugar en cierto modo «sagrado», la cultura contemporánea insta más bien a «sacralizar» el lugar del trabajo profesional, dentro de una geografía emocional en la que la familia se ve más bien como el lugar de lo «profano»; y ello aún cuando la mayoría de las personas reconozcan la importancia de primer orden que para ellas posee la familia. Intentaremos a continuación ejemplificar esta situación de desconcierto entre la prioridad de los valores que configuran la vida social en la época contemporánea.

¿Cultura del trabajo o cultura de familia?

La socióloga norteamericana A. R. Hochschild¹⁴ ha llevado a cabo un estudio, en Estados Unidos, acerca de lo que significaría una política corporativa «favorable a la familia», describiendo cómo, ya a mediados de 1990, «la vida familiar se asemejaba cada vez más al ‘trabajo’ y el trabajo se asemejaba cada vez más al ‘hogar’»¹⁵. Realizaba con ello un análisis acerca de los modos en que la cultura contemporánea ha mercantilizado la intimidad y la vida familiar. Su análisis concluía que «a medida que la familia ‘artesanal’ se transforma en una familia postindustrial, las tareas que antes se llevaban a cabo en el interior del núcleo familiar se confían cada vez más a especialistas externos: cuidadores de niños y de personas mayores, o enfermos, profesores de colonias de verano, psicólogos y animadores de fiestas de cumpleaños. Así, producimos menos cuidado familiar, pero lo consumimos más. El amor y el cuidado, cimientos de la vida social, suscitan verdadero desconcierto»¹⁶.

Ese desconcierto se refleja en que la persona humana ha adquirido en la actualidad una profunda percepción de que se halla en cuestión el conocimiento de la propia identidad. En cierto modo, la cuestión acerca de quiénes somos y qué queremos, como seres humanos miembros de una comunidad y en relación con valores trascendentes, ha ocupado siempre al pensar de la humanidad. Seguramente el pensador cristiano que mejor expresó esta preocupación fue san Agustín, como escribió en el libro XIII de sus *Confesiones*: «Estas son las tres cosas que digo: *ser, conocer, querer*. Porque yo soy, y conozco, y quiero. *Soy* el que conoce y quiere; *conozco* que soy, que conozco y quiero,

¹³ Cfr. BUTTIGLIONE, R. (1991): *L'uomo e la famiglia*, Dino, Roma.

¹⁴ HOCHSILD, A. R. (2008): *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo* (traducción de MOSOCONI, L.), Katz, Barcelona.

¹⁵ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 285.

¹⁶ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, Nota del editor.

y *quiero* ser y conocer». En el contexto agustiniano es permitido hacer al hombre semejantes afirmaciones sobre la base de una realidad que es aceptada como don, en la que resplandece y se manifiesta la verdad, el bien y la belleza de las cosas.

Ahora bien, si no se toma en cuenta la condición de la realidad como «dada» ante el ser humano para hallar su sentido, entonces la persona se pierde en el rumbo de sus acciones (*Como podría haberse perdido Odiseo en el episodio en el que lucha contra el atractivo canto de las sirenas*). Y ocurre que, en el fondo, no podríamos, no ya vivir, sino tal vez ni siquiera llegar al final del día sin haber tomado contacto con algo verdadero, algo bueno y algo bello, sabiendo que eso nos espera y, advirtiendo, a la vez, que nos ha sido dado. La angustia se apoderaría del existir humano. Si ello fuese así, al hombre no le quedaría sino refugiarse en la subjetividad de sus propios pensamientos; subjetividad que no dejaría espacio para «dejar ser al otro», reconocerlo asimismo en su propia identidad. *No en vano se ha caracterizado el mito de Narciso como el símbolo que mejor expresa lo que le ha ocurrido al ser humano en la modernidad: atrapado por sí mismo muere tras correr únicamente en pos del reflejo de sí.*

Pues bien, la relativización contemporánea de esos valores en el contexto mencionado ha puesto asimismo en cuestión la realidad de la persona en la convivencia y, de modo específico, en la convivencia familiar. Por poner un ejemplo, la masiva influencia de las redes sociales, presente asimismo en el marco de la familia, permite que cada uno escoja una identidad diferente en una u otra red. La cuasi-omnipotencia de este factor es precisamente uno de los elementos que influye a la hora de enfrentarse a la realidad como tal y a la realidad de uno mismo: en las diversas «identidades» se pierde la fundamental de uno mismo como persona.

El haber llegado a la situación descrita, que en la filosofía se describe como lo característico de la «era de la posmodernidad» no ha sucedido de un modo abrupto o de repente. Hace ya varios años que algunos pensadores advirtieron el problema de identidad que se avecinaba tras la diversificación de la definición de los valores, y el no reconocimiento de una realidad unitaria y armónica. Por ello, y aunque hoy día la palabra «crisis» tenga ya unas connotaciones específicas, entendemos que se haya hablado de crisis en los círculos filosóficos desde hace algunas décadas.

Hochschild explica esa pérdida de identidad de la unidad de la propia vida cuando comprueba que la mayoría de los profesionales encuestados en su estudio «habían incrementado la atracción magnética que en ellos ejercía el trabajo, en tanto que la tensión y las fisuras habían reducido la vida de familia»¹⁷. Resumiré a continuación los resultados de su investigación¹⁸.

Tanto la vida laboral como la familiar «se ha acelerado» en los últimos tiempos; quiere ello decir que las prolongadas jornadas laborales, han reducido el tiempo que se pasa en el hogar. Y ese tiempo, denominado «tiempo exiguo», no se sabe bien cómo emplearlo. Nos recuerda entonces que en investigaciones recientes se han dado tres posiciones con respecto al tema.

¹⁷ HOCHSCHILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 285.

¹⁸ Me baso y resumo el capítulo titulado: «La geografía emocional y el plan de vuelo del capitalismo», pp.285-306.

En primer lugar, una posición *moderna-fría*, para la cual esa aceleración se ha vuelto algo «normal» en la vida de las personas e incluso «está de moda». En este sentido, la reducción del tiempo que se pasa en la familia, no iría en menoscabo de la misma; antes bien, se trataría de medir ese tiempo según cánones de «calidad». Para esta posición, *la solución al problema de la racionalización en el trabajo consiste en implementar la racionalización en el hogar.*

Una segunda posición, denominada *tradicional*, abogaría por una reducción de la jornada laboral en las madres de familia; considerando la diferencia existente entre hombres y mujeres, la mujer debería seguir una trayectoria profesional de menor rango o de importancia secundaria. Se es consciente del problema de la «aceleración», y se propone una solución al problema del tiempo: tiempo «industrial» para los hombres, y tiempo «familiar» para las mujeres.

Habría, en tercer lugar, otra alternativa, que es descrita como *moderna-cálida*: se aboga por el acortamiento de la semana laboral y por la implantación de políticas favorables a la familia; tales como: horarios flexibles, lugares flexibles (horas que pueden realizarse en la casa), determinación de horarios (horarios parciales, regular o permanentemente, sin que ello afecte a las oportunidades de ascenso), o semana laboral condensada (cuatro días de diez horas), licencias de maternidad o paternidad, o la consideración de las circunstancias familiares a la hora de determinar los horarios en la empresa.

Este tercer tipo de solución parece no haber cuajado en el ámbito empresarial norteamericano, y en general, en la sociedad contemporánea. La realidad del estudio que resumo venía a demostrar que los trabajadores no se acogen a posibilidades de acortamiento de jornadas laborales por problemas de sueldo; pues se veía que los empleados que gozaban de una mejor posición económica eran los menos interesados en obtener más tiempo libre para la familia; y ello no por desconocimiento de las políticas favorables a la familia.

La autora entrevistó a un gran número de padres y madres de familia, obteniendo el siguiente resultado: «Los padres y las madres manifestaban grandes deseos de explicarme que su familia estaba en primer lugar, y que esa prioridad era clara para ellos. (Y las encuestas nacionales también demuestran que entre las creencias más firmes de los estadounidenses, la creencia en ‘la familia’ ocupa el segundo lugar, inmediatamente después de la creencia en Dios). Sin embargo, las prácticas que podrían expresar tal creencia –como la de compartir el desayuno y la cena– tomaban la dirección contraria. En la mente de gran número de padres y madres de hijos pequeños, las intenciones moderno-cálidas se fusionaban con las prácticas moderno-frías. De algún modo, quienes participaban de dicha aceleración no daban señales de intentar una disminución de la velocidad. ¿A qué aspecto de su experiencia podía atribuirse esta circunstancia?»¹⁹.

El estudio de Hochschild viene a mostrar que, en el fondo, lo que ocurre es que hay una desconcertante confusión acerca de lo que sea la familia y de cómo construir un hogar armónico en el conjunto de la vida personal y social. Diríamos, parafraseando el estudio de Guerra sobre el concepto de familia en Karol Wojtyła que la familia «no es

¹⁹ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 291.

una realidad derivada o secundaria, sino precisamente una dimensión constitutiva de la experiencia humana. Explorar la dimensión familiar de la existencia se configura, por ello, como una ventana de acceso a lo humano en su aspecto dinámico y concreto. Para Wojtyla la familia no es una mera agregación de individuos o una instancia social entre muchas otras, sino un *modo de ser* de la persona»²⁰.

Tras estas consideraciones, pienso que el problema acerca de la conciliación entre profesión y vida familiar no llega a aclararse debido a que la mayoría de las investigaciones sobre el tema se han centrado más en cómo entender y llevar a cabo el trabajo profesional, que en una reflexión certera sobre el modo de ser más propio de la persona humana, que es *ser familiar*. Es decir, solamente comprendiendo bien que el ser humano, constitutivamente, ha sido creado para crecer y vivir en el amor, puede entonces ejercer un trabajo profesional que, de por sí debe estar orientado a revertir en el bien y el crecimiento de la familia²¹. Ahondaré en este punto en la última parte de mi exposición.

Retomando el estudio de Hochschild, parece que en nuestros tiempos, el trabajo va volviéndose como algo más «ritualizado y sagrado», en especial para los «trabajadores valiosos», en tanto que la familia va perdiendo estas propiedades: «A medida que se fortalece el escudo cultural que rodea el trabajo, el que protege a la familia se debilita. (...) La atracción hacia el trabajo es más fuerte en la cima de la escala ocupacional»²².

Ciertamente, se procura que el tiempo dedicado al hogar sea realmente tiempo invertido en ello: se llega a casa y se apaga el ordenador, con ello, los mensajes de correo electrónico, o incluso, se pone el silencio el teléfono móvil; en una palabra, se administra el tiempo de casa: según las familias, se establecen estrategias para «sacralizar» el tiempo de la familia.

En el sentido que se acaba de apuntar, la mayoría de los profesionales afirman valorar en extremo la vida familiar, y declaran que el trabajo es lo que *hacen*, pero la familia es lo que *son*. Señala la socióloga que comentamos: «Cuando comencé a investigar este campo, supuse que los padres y las madres que trabajaban querrían pasar más tiempo en su casa. Imaginé que para ellos el hogar era un sitio de reposo, donde se sentían emocionalmente protegidos y apreciados ‘tal como eran en realidad’. Me imaginé que el trabajador exhausto percibiría el hogar como el lugar donde podía quitarse el uniforme, ponerse la bata, tomarse una cerveza, exhalar: un cuadro sintetizado en la imagen del trabajador que abre la puerta diciendo: ‘Hola, mi amor, ¡ya llegué!’». Es cierto que la vida hogareña no está exenta de emergencias y tensiones, pero yo imaginaba que el hogar era el sitio que todos asociaban al descanso, la seguridad y el aprecio. Por consiguiente, todos querrían maximizar el tiempo que pasaban en su casa»²³.

²⁰ GUERRA, A., «La familia en la filosofía de Karol Wojtyla», en BURGOS, J. M. (editor) (2007): *La filosofía personalista de Karol Wojtyla*, Biblioteca Palabra, Madrid, pp. 289-302; p. 289. Cfr. HURTADO, R. (2011): *La paternidad en el pensamiento de Karol Wojtyla*, Eunsa, Astrolabio, Pamplona.

²¹ Cfr. PEPONE, D. (1988): *Disturbing the nest. Family Change and Decline in Modern Societies*, New Brunswick, Nueva Jersey.

²² HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 295.

²³ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 295.

La cuestión es que «la llegada a casa» fue descrita, por los trabajadores entrevistados, como algo desbordante y fuera de control:

«Llego a casa, y apenas introduzco la llave en la cerradura aparece mi hija mayor. Es comprensible, necesita hablar con alguien sobre lo que le ocurrió durante el día. El bebé todavía está despierto (...) Todos me abordan a la vez». Mientras que en el trabajo «el clima es muy ameno desde el principio hasta el final, aunque a veces me estreso cuando una máquina funciona mal o no podemos completar la producción»: Para esta madre de familia la casa no era una zona de alivio y de descanso: era un lugar de trabajo.

«Yo había supuesto –continúa la autora– que los empleados percibirían el lugar de trabajo como el lugar del que podían poder ser despedidos según el antojo de un jefe ávido de ganancias, mientras que en la familia, a pesar de todas sus complejidades, se sentirían a salvo. Por basarse en el mecanismo impersonal de la oferta y la demanda o la ganancia y la pérdida, el trabajo inspiraría inseguridad, una sensación de estar en la jungla. Lejos de ello, un número considerable de empleados que entrevisté trabajaban en la empresa desde hacía veinte años o más (...). Para ellos, *el trabajo* era la roca, su fuente principal de seguridad, mientras que en la casa corrían el peligro de ser despedidos»²⁴. El hogar se presentaba como algo cada vez menos asegurado; como se especifica también en la siguiente declaración:

«Amo a mi familia. Mi familia está primero, pero no estoy muy seguro de sentirme más apreciado por ella. Mi hijo de 14 años no habla demasiado con nadie cuando llega de la escuela. Es muy quejoso. No sé si he sido un buen padre. Los sábados arreglamos autos juntos. Mi esposa trabaja en turnos opuestos a los míos, así que sólo nos vemos los fines de semana. Necesitamos más tiempo para estar juntos. ... Necesitamos ir más al lago. ... No sé»: este padre de familia parecía sentirse más satisfecho con sus habilidades profesionales que con el modo de ejercer su paternidad.

Concluye la autora que «este cambio general de cultura puede en parte explicar por qué muchos trabajadores aceptan la aceleración del trabajo y la familia sin oponer mayor resistencia»²⁵.

Ocurre además que en muchas empresas, conscientes de la importancia de la persona en el trabajo, ofrecen a sus empleados «espacios» de reposo y enriquecimiento: buenos y asequibles comedores, gimnasios o polideportivos, reuniones de equipo en los que se planifica racionalmente la tarea del personal, buena gestión de recursos humanos, tiempos limitados de celebración de cumpleaños, etc. Las personas se sienten reconocidas en su lugar profesional. Y el caso es que, dadas la intensidad y las horas dedicadas al trabajo, comienza a resquebrajarse en su intimidad la manera de integrar y dirigir la actividad profesional hacia la familia. Como afirma Hochschild, «la empresa era el lugar donde muchos trabajadores recibían aprecio y honores, y donde tenían amigos de verdad. En contraste, en la casa había menos ‘ceremonias de premiación’ y solían escasear las conversaciones amables con el propósito de subsanar errores»²⁶. Los empleados se sentían más competentes en su trabajo que en su casa. Además, ahora que

²⁴ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 297.

²⁵ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 298.

²⁶ HOCHSILD, A. R., *La mercantilización de la vida íntima*, p. 300.

más de la mitad de padres y madres trabajan fuera del hogar, muchas familias están compuestas por padres y madres adictos al trabajo y niños quejumbrosos²⁷.

Como he apuntado anteriormente, quizá el problema no se halle en el modo de racionalizar el trabajo, sino en reorientar el pensamiento hacia el significado que pueda tener hoy *vivir para la familia*.

Significado del «encuentro». Familia y reencuentro con el mundo

En el marco de los círculos filosóficos, hace ya tiempo que se habló de la «muerte de Dios» (Nietzsche, 1900), tras la cual circuló el rumor de la «muerte del hombre»; hasta llegar, ya a mediados del siglo XX, a considerar la «pérdida del mundo» (M. Heidegger) como lugar real en el que la persona humana puede dignificar su ser y crecer en libertad. Perder el mundo significa que al ser humano no le queda sino la imagen que forja en su mente de lo que pudiera ser la realidad; con ello, aislado del mundo real, queda incapacitado para reconocer el valor real de la persona misma, de sí mismo y, en consecuencia el alcance de su inserción en un contexto de estimación de otras personas. Este hecho explicaría la confusión casi generalizada que se vive hoy a la hora de tomar decisiones duraderas en el propio itinerario vital, o la casi ausencia de compromisos estables que implicarían donación y salida de uno mismo.

En este contexto ha habido intentos de recuperar en la actualidad la reorientación del hombre en el mundo al proclamar, de un modo preciso, la revalorización de la vida de familia y la dimensión trascendente de la persona que se reconoce como «alguien» en un contexto de convivencia real y dinámico, esto es, que nos permite ir más allá de lo que somos para «ser más».

Lo anterior ha sido recientemente expresado en un contexto de investigación sobre la familia, recordando que «ser persona consiste en ser, al mismo tiempo y esencialmente, individuo y relación, tener intimidad y apertura»²⁸, y que, como ha expresado Rodríguez Sedano es en la familia donde la persona «en su hondura antropológica se muestra como la realización práctica de la íntima vinculación entre identidad y coexistencia»²⁹.

Esbozadas estas ideas, la tesis que sostengo consiste en subrayar que es preciso recuperar y reconocer la propia identidad personal en un contexto tal que no se prescinda del conocimiento del mundo en el que se vive, y en el que se acepte la auténtica relación interpersonal, sin la cual no es posible alcanzar valores que permitan a la persona llegar a ser lo que es. Desde aquí consideramos que el reencuentro con la

²⁷ La autora advierte que el capitalismo como imperante en la cultura no es ajeno a este proceso de inversión: «Las fuerzas que expulsan a los trabajadores de la vida familiar y los atraen hacia el lugar de trabajo está en movimiento perpetuo gracias al consumismo. El consumismo actúa para *mantener* la inversión emocional del trabajo y la familia (...). Los trabajadores se persuaden de que ‘necesitan’ más cosas. Para comprar lo que necesitan, precisan dinero. Para ganar dinero, extienden sus horarios de trabajo. Para compensar su prolongada ausencia del hogar, compran regalos que cuestan dinero, es decir, materializan el amor», p. 302.

²⁸ CALAMBROGIO CORREA DE BALMACEDA, G. (2003): *Conciliación familiar y laboral*, Trabajo de fin de Máster, Máster en Matrimonio y Familia, Universidad de Navarra, Pamplona, p. 15.

²⁹ RODRÍGUEZ SEDANO, A. (2011): «La familia como factor de humanización del trabajo», en MONTORO, C. / LÓPEZ, D. (editoras), *Familias con dos sueldos y tres trabajos*, Instituto de Ciencias para la Familia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, pp. 25-60; p. 42.

verdad del mundo se inicia y desarrolla en ese “otro” mundo en el que nacemos y que posteriormente construimos: la familia.

En otro lugar³⁰ he explicado ya que la literatura clásica siempre se ha representado el hogar –el hogar familiar– como el lugar en el que las personas son aceptadas por lo que son, no tanto por lo que hacen; y ese hecho –así se ha considerado en la tradición– es justamente el que permite a una persona reconocerse a sí misma en lo que es. En otras palabras, podríamos asegurar: si nadie te acepta como eres, tú no puedes conocerte verdaderamente en tu realidad. Esto es así porque es propio de las personas el relacionarse personalmente, y esa relación conlleva, precisamente, el reconocimiento y la aceptación del otro en su ser. Eso implica además una serie de valores, especialmente la confianza, pues la comunicación solamente es posible sobre la base común de la verdad, de la confianza, de la aceptación.

Finalmente, la familia es el lugar del «encuentro». El término «encuentro» ha tenido un lugar especial en la historia de la literatura en biografías sobre grandes personajes; mucho se ha escrito, por ejemplo, del encuentro de Orígenes con Clemente de Alejandría³¹, o de Agustín de Hipona con Ambrosio: encuentros que determinaron el rumbo y el sentido de las vidas, del pensar y del ser mismo de las personas reconocidas a través de ese mirar atento personal que supone el encuentro.

En este sentido, llegar a casa, volver con la familia, no es «entrar» sin más; es más bien «salir» para encontrarse con el amor y el cuidado; es «salir de sí» para «reconocer» y «reencontrarse»; y, a la vez, es «reconocerse» a uno mismo al mirarse –como en un espejo– en quien espera. Y quien recibe a quien entra, en este acto de mutuo reconocimiento, sale a la vez de sí tomando conciencia del significado que tiene su vida para el otro. *Encontrar es salir a recibir a alguien.*

Trascender, salir de la propia subjetividad significa salir al encuentro del otro y aceptar su realidad desde el reconocimiento de la alegría con que se recibe un don y también con esa alegría con la que se da de lo propio. En ello consiste el amor desinteresado y generoso del que hemos hablado hace poco. El amor –como salida de sí– lleva siempre consigo la idea de aprobación y de beneplácito: «El amor –escribió Josef Pieper– es algo que conscientemente ‘ejercemos’ y obramos, y algo también que nos viene y acontece como un encantamiento; tanto un anhelo de posesión y goce como un gesto de entrega desinteresada que no persigue ni busca ‘lo suyo’; una inclinación del ánimo que puede dirigirse a Dios, a otros seres humanos (el amigo, la prometida, la esposa, el hijo, el desconocido que requiere nuestra ayuda)»³². Esta forma de amor como salida de uno mismo, y en el contexto de vida familiar que tratamos, no se expresa solamente en la forma de un juicio aprobatorio que formulamos exteriormente, sino que es más bien una manifestación de la voluntad, o sea, no algo puramente teórico, sino que en el interior de uno mismo nace el acuerdo con la realidad de las personas: se trata de un acto de la voluntad por el que se quiere a las personas *como son*.

Y es que toda persona necesita la fuerza aprobatoria de su ser: a nadie le basta con existir sin más, necesitamos ser amados por un semejante. Esto posee un fundamento

³⁰ SOTO-BRUNA, M. J. (editora) (2010): *El hogar, ámbito de reconocimiento personal*, Ceicid, Col. Trasfondos, nº 6, Pamplona.

³¹ Cfr. MERINO, M., «Razón y fe en Clemente de Alejandría» (2011): *Teología y vida* vol. LII, pp. 51-92.

³² PIEPER, J. (1984): *Antología*, Herder, Barcelona, p. 41.

teológico-filosófico: «El hombre salido de las manos de Dios no es, al parecer, bastante; se requieren una continuación y una consumación (...) por la fuerza del amor humano»³³; es decir, no basta, en una argumentación racional, sostener que el ser humano creado ha sido amado en su origen. Antes bien, una sociedad verdaderamente humana debe continuar ese amor originario, responder de este modo, a su origen creador. En la vida de familia, muchas veces, «no es de necesidad absoluta que ese amor se materialice en determinadas realizaciones de obras buenas concretas; lo más decisivo es aquella dedicación e intimidad que parte de lo profundo de la existencia, que viene –digámoslo sin reparos– del corazón»³⁴. Y no es que no hagan falta los detalles materiales, sino que estos deben brotar como consecuencia de esta dedicación interior al otro, lo cual proporciona a la persona la dicha del existir.

La familia existe cuando, desde ese fundamento, el hombre encuentra una base firme para la alegría; y la alegría consiste en que alguien recibe o posee lo que ama; de tal modo que lo contrario a ello no es, en verdad, el odio, sino la desesperada indiferencia en la que nada hace mella. Como es conocida la cita de Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov*: «Padres y maestros, ¿qué es el infierno? A mi juicio es el tormento de no poder ya amar. Sólo una vez en la infinitud ajena al espacio y al tiempo, se le concede a un ser espiritual, con su aparición en la tierra, la posibilidad de decirse a sí mismo: ‘soy yo y amo’»³⁵.

En la vida de familia se produce entonces una doble dicha o alegría: primero, poder ayudar a aliviar las penas, y, segundo, lo más grandioso, no hay lugar para el odio, porque se comparte la alegría y, a la vez, uno se alegra en la dicha de los otros. Convivir presupone, en definitiva, que hay alguien a quien corresponde algo y que el interesado acepta aquello que le corresponde precisamente porque se le es dado con amor. Recordar hoy esa prioridad de aceptar el don, lo recibido, significa retomar la doctrina clásica de la persona como «religada».

* * *

Retomando el comienzo de nuestra argumentación, recordaremos que la *Odisea* de Homero, no solamente ensalza al héroe como gran trabajador, esforzado, paciente, de hábil inteligencia, sino que pondera además, no ya el amor, sino su consecuencia inmediata: la pareja formada por quienes se aman; «pero no cualquier pareja de amantes, sino aquella que logra vivir en una armonía tal que garantice la paz y la tranquilidad»³⁶. Leemos así en el *Canto VI* (180-185): *Y los dioses te den todo aquello que ansíes, un esposo, / un hogar, favorézcante en él con la buena concordia, / porque nada hay en verdad mejor ni más rico en venturas / que marido y mujer cuando unidos gobiernan la casa / en un mismo sentir*: palabras que Odiseo le dirige a la princesa Nausíaca.

Odiseo muestra la valía y el alcance de esta vida que reconoce como dada por los dioses; más allá de aquella inmortalidad o éxito que le impediría apreciar el valor y la intensidad de todos los momentos que la componen, y que es lo que da unidad a su proyecto vital.

³³ PIEPER, J, *Antología*, p. 43.

³⁴ PIEPER, J., *Antología*, p. 43.

³⁵ Cit. por PIEPER, (1984): *Antología*, p. 44.

³⁶ ROBAYO ALONSO, A., *La reflexión sobre la vida en la Odisea de Homero*, p. 106.

